

rando los chinos cómo han tomado las líneas en su propia conciencia, dicen haberlas visto por vez primera sobre un caparazón de tortuga. Todo en ellos se regula por el número. La tierra tiene cuatro regiones y el centro, cuatro montañas y el centro, cuatro elementos y el centro. Todo está regulado por el círculo y en todo entra el número cinco. Así los colores fundamentales cinco; los sonidos fundamentales cinco, y cinco los cánones fundamentales. Por manera que cielos y tierra se hallan regidos según una especie de matemáticas en las cuales hay una conjunción misteriosa entre lo real y lo ideal, entre los pensamientos y los seres, entre las dos formas naturales del universo, entre las dos revelaciones eternas de Dios.

Tres religiones hay en China: religión de Lao-Tseu, religión de Confucio y religión de Budha. Un pueblo tan poco teológico proclamaba tres teologías juntamente, aplicándolas á todos, siquier no las creyeran en sus conciencias ni las practicaran en sus vidas. Por tal concepto de la religión dábase un caso bien original, que á la muerte de cualquier chino tres categorías diversas de sacerdotes, adscritos á tres cultos distintos, celebraban tres clases de funerales sobre un mismo cadáver. En los primeros tiempos de la religión de los chinos se contuvo en simple culto á las cosas creadas. Ado-

raron cielo y tierra, juzgándolos como una especie de matrimonio, cuyo amor engendra todos los seres. De tal sencilla religión materialista se pasó á una religión más metafísica, fundada en el principio de contradicción. Tal fué la religión de Lao-Tseu. Para este gran revelador el sér y no sér mutuamente se producen y mutuamente se completan. Las cosas todas son comprensibles por las sombras de sus opuestas. No habría hermosura sin fealdad, ni grande sin pequeño. Suprimid lo vacío y suprimiréis la plenitud. Suprimid la muerte y habréis suprimido la vida. El mundo viene del no sér, y se dilata en lo vacío. Por eso lo santo en tal reformador metafísico resulta la nada ó el no sér. La ley del humano proceder se contiene por completo en la inacción, y su moral se reduce á la indiferencia. Un hombre perfecto, en esta metafísica extraña, se tapará los oídos con una sordera incurable; bajará sobre sus ojos el telón de sus párpados, si no quiere arrancárselos para procurarse una ceguera irremisible; se castrará de su voluntad; extinguirá el resplandor de su inteligencia; tapiará todas sus percepciones para incomunicarse con todos los pensamientos y con todos los objetos; sellará sus labios como las piedras de los sepulcros, y así podrá esperar sin fatiga la muerte. El espacio infinito se parece á un cero en esta doctrina, la inmensidad á un

pielago sin límites, pero también sin agua, porque todo se halla circuído por lo vacío. El Sér Supremo se acerca en estos principios á la nada. Miráis, y no le veis, por incoloro; escucháis, y no le oís, por afono; palpáis, y no le sentís, por incorpóreo. De consiguiente, parecerse á él es como no parecerse á nada. Así en esta doctrina el cuerpo cae sobre la tierra y forma parte de sus átomos; el alma se disipa en los cielos y forma parte de su éter. Por consecuencia, bien puede asegurarse que su religión resulta, en último término, la religión del vacío, la religión del no ser, la religión del suicidio universal.

Hemos dado estas nociones sobre las fases diversas del espíritu religioso en China para llegar por ellas, y merced á ellas, hasta explicar todos los conceptos que de lo femenino tiene, y todo el aprecio que de la mujer hace un dogma semejante. Si así estima el sér, ¿cómo estimará su determinación en el hombre? La estimará en muy poco. Y si así estima la determinación del sér en los hombres ¿cómo estimará la determinación del sér en las mujeres? Estimarála mucho menos. Y, sin embargo, para los chinos todos los hombres superiores han de generarse por fuerza en virginales entrañas. Una virgen madre debe parirlos sin concurso alguno de varón. Así fué Confucio, así Lao-Tseu. En el diccio-

nario de las encarnaciones chinas terminantemente se dice que los hombres beatos y divinos recibían las denominaciones de generación celeste ó hijos del cielo á causa de haberlos engendrado sus madres por obra misteriosa de lo invisible. El carácter jeroglífico, mejor diré, figurativo de la doncella (*sing*), representa la virginidad y la generación. Unas madres de los hombres divinos engendran por virtud exclusiva del pensamiento, y otras por el soplo de un espíritu, quiénes al centelleo de un relámpago, quiénes al rayo de una estrella. Por consecuencia, la idea de la Virgen Madre es como auro-
ra que raya donde raya la primera luz del espíritu y alborea con el primer albor de la religión. Confucio desarrolla todas las ideas de sus predecesores y les da un verdadero sentido moral. Así el amor á la humanidad, el perfeccionamiento de sí mismo y de los demás, la perseverancia en seguir las vías rectas para llegar á los objetos santos constituyen su moral contenida en esta fórmula suprema, la cual se reduce á este supremo mandamiento: amad al prójimo como á vosotros mismos. Así Confucio mira solamente á la vida y á la perfección del hombre aquí en la vida. Distingue, más que su predecesor, al cuerpo del alma; pero lo distingue por convenir así á su moral humana é inmanente. Nada de sacerdotes en su doctrina, sabios. Nada de metafí-

cas en sus ideas, moral. Aquellos profundos ojos de su entendimiento no querrán ver allende lo mundano; reduciránse á señalar caminos derechos para la vida de un día por estos abruptos planetas nuestros. Como uno de sus discípulos cierto día le preguntara noticias de la muerte, respondióle con humildad: ¿cómo quieres que sepamos algo de la muerte, cuando apenas sabemos cosa ninguna de la vida? Tal fué la doctrina de Confucio.

Ninguna de las religiones mencionadas tuvo sacerdocio. Los conventos de hombres y mujeres que hay en China, débense á Budha y los budhistas. Esta religión provenía de los indios. Pero se diferenciaba tanto del brahmanismo politeísta como pudiera diferenciarse un judío monoteo del persa ó iranio pagano. El budhismo no era tanto la religión de Dios como la religión del alma. Su dogma capitalísimo y primero estaba reducido á la espiritualidad é inmortalidad del sér invisible que nos anima. Y después de haber proclamado estas dos ideas tan acordes con todo cuanto nosotros creemos, proclamaba la transmigración de las almas, ó séase, una especie de sucesivo paso desde uno á otros cuerpos en progresión ó retrogradación perpetua, según el mérito de sus acciones y de sus obras. Mas ¿para qué proclamaba el budhismo esta esencialidad y esta superior fuerza del alma humana? Para luégo murmu-

rar en sus oídos el suicidio. La suprema felicidad para Budha está en la nirvana, que quiere decir en último término tanto como la nada. Huyendo los hombres del dolor siempre, han de tener por fuerza una seguridad, la de que solamente hay dolor en la existencia y en la vida. El que no vive no padece. De aquí la fuga inconsciente que todos los seres toman desde las cumbres del sér y de la vida por necesidad hacia los abismos de la muerte. Extinguirse por completo, suicidarse, buscar la no existencia, dormir en la nada, por el aniquilamiento despeñarse hasta el no sér, llegar á un abismo y á un silencio mayores que todos los contenidos en el sepulcro: he ahí la verdadera religión; he ahí la verdadera moral. Creedlo, una doctrina de tal suerte contraria con el sér, una doctrina propagadora del suicidio, no podía, no, dar, ni al hombre ni á la mujer aquella dignidad indispensable para que sea el alma humana un resumen del alma universal y para que la dignidad humana, tanto en el hombre como en la mujer, se alce á sus esenciales derechos. Libros que se llaman á sí mismos vehículos, para con mas ó menos precipitación ir al no sér, no podían dar leyes de vida muy aceptables y sabias. Budha sólo piensa en transportar los seres del Océano de dolores donde han caído á la nirvana, ó sea, desde la vida con todas sus manifestacio-

nes á la muerte, y á la muerte completa y eterna. Subir, pensar, estaxiarse por medio de la idea en los arquetipos eternos, conocer la santa verdad y de la santa verdad virgen y madre sacar el bien para esparcirlo en todos los mundos y avivar en su esencia todos los seres: he ahí la ley moral verdadera, por lo mismo que se halla tan apartada y distante del suicidio prescrito en las religiones chinas como supremo fin de nuestra existencia.

No entra en el plan este nuestro la idea de apreciar en sí tales religiones, pero debemos realmente apreciarlas en sus consecuencias y ver cómo trascienden á la vida. Desde luego la mucha importancia dada en ellas al número y á la medida concluye por hacer de los hombres más espontáneos y más libres figuras puramente mecánicas. Esta unidad material, que todo lo domina y de la que todas las leyes provienen á una, encárnase para los chinos en sér intermediario entre la tierra y el cielo, á quien dan ó entregan la custodia de todo el territorio, con el cuidado de todas sus gentes, por lo cual ha de alcanzar por fuerza una especie de poder sobrehumano. Así poca ó ninguna iniciativa individual en ellos. Trabajadores cual ningún otro pueblo, se uniforman como los soldados; obedecen á una consigna superior, como los siervos; hacen siempre lo mismo, y cuando se quiere alte-

rar su habitual proceder y su vida ordinaria, resistense, abrazados á la rutina, como se abraza el animal al instinto. La nirvana, ó sea el aniquilamiento suicida, no devora tanto los cuerpos como las almas. El instinto de conservación salva siempre, por regla general, nuestra vida; pero ese instinto no sube hasta las eminencias del espíritu. Así pocos deseos, escasa curiosidad, ambición casi nula, renunciás á los combates de la vida, horror á los cambios bruscos de fortuna, poco espíritu militar, apego al terruño, vida vegetal más que animada, escasísima individualidad, mucha sujeción á las leyes externas, mucha obediencia. El inmenso imperio parece una sola familia, y el patriarcado prehistórico lo dirige y lo guía. Obedecer á toda costa, subordinarse á un extraño, colocar sobre sí poderosa y grande autoridad: he ahí todo cuanto desean los chinos. El amigo se somete al amigo, como el vasallo al emperador. Nuestra independencia personal no se conoce allí. El individuo no cuenta para nada, cuenta la familia. Las grandes acciones entre los chinos jamás ennoblecen á sus descendientes como entre nosotros, ennoblecen á sus predecesores. El crimen allí de un padre no deshonorará de ningún modo á sus hijos vivos; deshonorará siempre á sus abuelos muertos. Existen ciertas costumbres, apenas comprensibles por nosotros, y que les

dan un carácter de originalidad extravagante. Así como en las sociedades europeas hay la sustitución militar, hay en China la sustitución criminal. Un rico, á la última pena condenado, puede comprar un pobre, que, por dinero, se coloca en su situación y lo descabezan.

Realmente las teorías metafísicas y religiosas influyen mucho sobre la vida moral. Un pueblo que oye todos los días encarecer los placeres de la nada, forzosamente ha de pugnar por volver á la nada. El pueblo chino es esencialmente suicida. Los protervos, que mercadean horriblemente con esta carne humana, ponen solícitos en sus cálculos egoístas las probabilidades ó certidumbres de irremediables suicidios. ¡Cuántas veces un propietario de tales siervos se ha levantado por la mañana y ha visto sus chinos todos pendientes de los árboles, donde se han colgado, después de inmolar á sus capataces blancos, sin mover el más leve ruido! Los muertos encuentran en esta raza un culto verdaderamente religioso. Las familias más pobres guardan los nombres de sus antepasados, y con los nombres los hechos en tablillas, mediante las cuales conocen su genealogía natural y toda la historia de los suyos. Duran los duelos años y años. Y es piadosa costumbre tener por lo menos el cadáver de un padre diecisiete meses al lado, cuidándolo como si, en

vez de muerto, sólo estuviera enfermo. Al entrar en una casa, el mueble mejor con que topáis es el ataúd, aperebido y preparado de larga fecha para recibir y encerrar al jefe de la familia. Hijo hay que se vende por esclavo tan sólo para comprar un rico ataúd á su padre. De aquí muchas otras costumbres, como esa propensión al infanticidio, verdaderamente criminal. Deshácense los padres con la mayor facilidad en toda China de sus pequeñuelos cuando le resultan demasiado gravosos, coonestando tal proceder con su miseria y con la imposibilidad completa de sustentarlos. Algunos los exponen y los dejan á merced y arbitrio del acaso, pero muchos otros los matan. ¡Cuántas veces cogen al recién nacido y lo sumergen dentro de un cubo ahogándolo en su agua! El padre, que no puede materialmente dotar á sus hijas, difícilmente conforme con la idea de las miserias y de las desgracias que van anejas á la falta segura de un buen matrimonio, las matan, creyéndose á sí mismos mucho mejores por razón de tal sacrificio que si las guardaran vivas en la exposición de un seguro deshonor y de una irremediable miseria. Así todos los viajeros notan cómo supera en la China el número de hombres al número de mujeres. Una parte de éstas perece al nacer por mandato de sus padres, los cuales se creen allá en sus supersticiones con

derecho á darles muerte porque antes les dieran vida. Y eso que tienen una salida segura, la venta. En casi toda China, el servicio está en manos de mujeres. Y las mujeres que sirven están en condición de esclavas.

La familia china se instituyó tres mil cuatrocientos sesenta y un años antes de Jesucristo, y fué su autor Fou-hi, quien instituyó el matrimonio, combatiendo así la poligamia como la poliandria, es decir, la terrible promiscuidad, imperante por costumbre allá en edades prehistóricas. Pero también se dice que había entre los chinos una institución, muy propia de su originalidad y extravagancia, llamada el matriarcado. Con decir su nombre se dice también la naturaleza de tal institución, que significa jefatura del sexo femenino en las familias. Antes de Fou-hi, dicen las antiguas historias chinas, los hombres conocían á sus madres, pero desconocían á sus padres por completo. Esta revelación indica bien claramente la diferencia entre los tiempos que tenían una familia constituída y los tiempos en que los hombres se hallaban tan bajo por las gradas del mundo animal, que admitían para la difusión de su especie hábitos propios de las especies inferiores. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales; y como en estas bases no podía entrar de manera ninguna la igual-

dad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al emperador. Los proverbios chinos declaraban que así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparablemente con su marido. No le queda en esta dura ley al sexo débil ningún recurso, ni las instituciones ni las magistraturas lo defienden. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colocar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa misericordia, porque las leyes no tienen fórmulas en su favor y la sociedad entrañas para ella desde la hora en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa y de que una teja se halla expuesta por completo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones, y hasta si muere, muerta, porque, no existiendo aquellas hogueras en las cuales solían las viudas indias desaparecer abrasadas, existen

otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro, y en los senos de la eternidad, á su marido, emperador y dios en las costumbres chinas.

Todos sabemos que sus costumbres impiden á las chinas el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, sino con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual este que sigue: «la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.» Así los chinos, para cumplir mejor con la supersticiosa creencia de que la mujer no puede á sí guardarse y necesita estar guardada por grande vigilancia, que oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus piés hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios los cuales necesiten ó pidan agitación y movimiento. Lirio de oro llaman á las extremidades inferiores así mutiladas los que se dejan tiranizar en los pueblos orientales por la costumbre, cosa no extraña ciertamente para los tiranizados hoy mismo por la moda en los pueblos modernos. A la edad de seis años las pobres niñas ven el desarrollo de sus piés enteramente suspendido por ligaduras que los aprietan de un modo extraordinario y que los disponen á manera de arco, estropeándolos y reduciéndolos á una terrible atrofia, mediante la cual ni pueden caminar rápi-

damente, ni estar de pie, ni sostener ningún peso, ni entregarse á ningún trabajo, teniendo que servirse de los brazos como de un balancín para no caerse, y que sacudir su cuerpo en bruscos y contrarios movimientos que le dan aire de ave más ó menos herida cuyas alas se arrastran por el suelo, y de vela más ó menos agitada por el viento. Dígase lo que se quiera por los apologistas, que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, aquejadas por extravagantes retrogradaciones á lo pasado, si bien es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso ni celebrarse ceremonias religiosas sin su cooparticipación, la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no asentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores, no mostrándose al huésped y al extraño, encerrada, como un instrumento de trabajo, en los almacenes, ó como un ave canora en las jaulas, en aquella parte del hogar que le pertenece, la más apartada y recóndita, más bien cárcel que verdadero santuario.

Imaginaos la sociedad china muy uniforme con su naturaleza. Como quiera que la población sea numerosísima, el cultivo está en grande valimiento,

y por todas partes que volváis los ojos descubrís tierra cultivada. No hay un manantial ni una fuente que no se vea matemáticamente dirigida por aquellos extraordinarios ingenieros al riego y á la fecundación. El agua, como el aire, pertenece á todos, y así, mancomunadamente, por todos se aprovechan. ¡Parece imposible! Aunque los ríos se dirijan en todas direcciones por las arterias de los canales y por las venas de los riegos, el chino posee norias y máquinas hidráulicas á la puerta de su casa que le procuren agua. Y es tan cierto esto, los hemos en tal manera unido con la humedad del suelo y con la extensión del agua, que no podemos separarlos de sus barcas, y donde quiera que los veamos, ya en las ricas porcelanas puestas en los aparadores, ya en los biombos de nuestras puertas, los vemos como con sus borceguíes negros y sus trenzas largas, con sus barquichuelos aparejados, á manera de los órganos puestos por naturaleza en las aves acuáticas ó en los peces mismos. Del agua se alimentan los bambúes indispensables á sus habitaciones; en el agua crecen los arrozos indispensables á su nutrición; del agua se aroman sus tés, que os perfuman el aliento y os dan fuerzas digestivas. Por eso, cuando veis un paisaje chino, tenéis que ver precisamente canales, acequias, norias, las altas torres de varios cuerpos, áureas y rojas, cu-

biertas todas de campanillas, que suenan armoniosamente, y las habitaciones en formas circulares ó triangulares, hechas de bambúes y sostenidas por troncos deformes ó por extraordinarias y colosales raíces. No puede, no, la imaginación separarse de tal teatro, que, si bien parezca convencional en los relatos europeos, está mucho más cortado en la realidad viviente de lo que á primera vista creeríamos, y nos da idea muy justa y muy exacta de aquel extraño pueblo, que forma una muy considerable parte de la humanidad, y que, á pesar de haberse metido en sí, como la tortuga en su concha, erigiendo una muralla que lo aislase del mundo, ha sido puesto en examen con gran prolijidad y examinado profundamente por la cultura europea, solicitada unas veces por la injusticia del vejamen excesivo y otras veces por la injusticia del excesivo loor.

Hay en China institución muy peculiar de aquel pueblo, que presta indudable vigor á su familia. Esta institución se llama el culto á los progenitores y constituye, con una teología, una liturgia. Si ahondando en el origen de las ideas vemos desde luego el fetichismo, esa especie de adhesión intelectual y moral á un ídolo, en cuyo seno apenas algo superior á su cuerpo y á su materialidad se descubre; si al fetichismo se le puede llamar como